



Posted on Tue, Feb. 21, 2006

PUNTO DE VISTA

La Miami Symphony, con juventud y genio

DANIEL FERNANDEZ
El Nuevo Herald

La Miami Symphony que dirige el maestro Manuel Ochoa, se ha caracterizado no sólo por programas del gran gusto del público y un constante mejoramiento, sino por presentar al público miamense grandes figuras internacionales --a veces muy jóvenes-- que en ocasiones han sido contratados después por otros grupos musicales de esta ciudad.

En el concierto de la noche del domingo en el Lincoln Theatre --abarroto a tope--, actuó en el podio el maestro venezolano Eduardo Marturet, y se presentaron dos nuevos intérpretes que ya comienzan a brillar en el firmamento musical. El primero, el pianista también venezolano Kristhyan Benítez, quien a pesar de sus cortos años ya ha alcanzado reconocimiento internacional. Su versión de la *Rhapsody in Blue*, de Gershwin, se inclinó más a lo jazzístico, resaltando todo lo que tiene de aparentemente improvisatorio y festivo. Con excelente técnica y espíritu, Benítez sin embargo no siempre se percibió en ajustada correspondencia con la orquesta; aunque hacia el final el acople y el efecto dramático fue mayor.

Pero sin duda, el triunfo de la noche fue el implacablemente joven Nick Kendall. Para este chico que aparenta unos 18 años (no pude encontrar su edad exacta en su página: www.nickendall.com) ya el violín carece de misterios. Atacó el maravilloso *Concierto para violín y orquesta, op. 47 en re menor*, de Sibelius, como quien interpreta una pieza de rock: fuerza, vida, sangre, sudor y lágrimas. Pero no por joven este genio, de alma alegre y profundo sentimiento, dio una versión superficial ni fría, todo lo contrario. Del mismo lugar que le llega el genio llega su capacidad para captar matices de sensibilidad y tono, de melodía y ritmo. Una gloria.

Por demás su acople con la orquesta fue ajustado y fluido como dos corrientes que se unen formando un solo río. Viendo su gracia y facilidad, uno llega a presentir que algo así debe haber sido Mozart: tan seguro de sí, tan desbordantemente alegre, tan pronto a la risa, tan regalón de su vital personalidad.

El teatro se vino abajo y Kendall dio como *encore* una creación suya, mixta, delirante, indescriptible. Comenzaba como una *partita* de Bach, pero luego intervenía la orquesta, se descomponía con jazz o con rejugos que recordaban a dos o tres compositores clásicos, de Beethoven a Stravinsky, con mucho protagonismo del violín y delirantes cadencias, esta obra llevó al público a un nuevo *pandemonium* de aplausos. Verdaderamente un genio.

La segunda parte de la noche estuvo dedicada por completo a la *Sinfonía no. 9 (Desde el Nuevo Mundo)*, de Dvorak, donde Marturet y los músicos de la Miami se dieron gusto; porque ésta es una obra llena de belleza y virtuosismo. Con mano segura fue llevando el maestro la obra a su final de vibrantes fanfarrias y ritmos palpitantes. Desde la primera nota hasta la última una demostración de excelencia y dedicado trabajo.

El desbordante público se puso nuevamente de pie para larga y merecida ovación.

dfernandez@herald.com